

T. LUCRECIO CARO, *La naturaleza*, Introducción, traducción y notas de Ismael Roca Meliá, Madrid, Ediciones Akal, Serie Clásica, núm. 31, 1990, 350 pp. (el ejemplar recibido termina bruscamente, en lamentable descuido, en el verso 787 del Libro VI, de los 1.286 de que consta esta último libro, según las ediciones más notables).

Un manejable volumen ofrece a un público extenso, por el poder de divulgación de la Editorial Akal, la traducción al castellano del *De Rerum Natura* lucreciano, donde la rica experiencia filológica de Ismael Roca Meliá potencia la comprensión de la obra de uno de los pensadores más sólidos y profundos de la Antigüedad. El texto ofrecido sigue, fundamentalmente, las ediciones comentadas de C. Bailey (Oxford, 1947), A. Ernout (París, 1920) y Fellin-Barigazzi (Turín, 1963), sin relegar, por ello, la atención a las ediciones críticas y comentadas más notables que ha venido suscitando la rica tradición lucreciana.

Su amplia introducción (98 pp.) acomete sobriamente la puesta al día de la problemática filológica más importante que rodea al *DRN*, de especial interés para los estudiantes universitarios de Filología Clásica, si bien el historiador puede echar de menos la falta de un intento claro por conectar la obra con la sociedad de su tiempo, en modo alguno paliada por su brevísima y peculiar alusión al *momento histórico* (pp. 12-14). Esta clara renuncia, pretendida o no, a poner el pensamiento de Lucrecio en relación con la conflictividad político-ideológica de su época no deja de mutilar, a nuestro juicio, tanto la comprensión del autor traducido como la posibilidad de acercamiento, a través del mismo, al fértil campo de las ideologías coetáneas y, en consecuencia, a las condiciones de existencia de la Tardía República.

Sin duda la *bibliografía básica* ofrecida (pp. 84-98), aun permaneciendo tenazmente anclada en el pasado mientras olvida las vivas polémicas actuales (según puede comprobarse fácilmente con el mero seguimiento de los contenidos del epígrafe *Lucretius de L'Année Philologique*), ayuda a paliar esta omisión y, en cualquier caso, su trabajo no deja de ofrecer, a los no especialistas, tanto por lo certero de su traducción como por lo apropiado de sus notas, un valioso recurso de aproximación al pensamiento de la Antigüedad.

Juan CASCAJERO  
(Universidad Complutense)

MARÍA TERESA HERNÁNDEZ LUCAS (ed.), *Mitología clásica. Teoría y práctica docente*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1990, 172 pp.

Los problemas que se avecinan a través de las perspectivas ofrecidas por la elaboración de los nuevos planes de estudio para la Filología Clásica y para la enseñanza del griego y del latín están produciendo, al menos, un efecto positivo. Los docentes de los niveles medios y superiores, afectados en mayor o en menor medida, de manera directa o indirecta, se han puesto a reflexionar sobre el papel que pueden seguir desempeñando como profesionales. La situación específica es, en definitiva, reflejo de los problemas que envuelven al mundo cultural de los tiempos presentes. Las facetas más ligeras y menos críticas de la cultura son las que reciben un impulso, acompañado de cierto señuelo un tanto populista que habla de la necesidad de divulgar para crear una cultura homogénea, lo que resulta de una falacia sublime, ya que se

permite el desarrollo de formas culturales elitistas y de usos y abusos de los modos de transmisión cultural que pueden servir para ejercer desde las minorías una mayor capacidad de control ante el acriticismo fomentado por una cultura mimética de la realmente acrítica cultivada por las clases en el poder. De todos modos, por ese motivo, los profesionales reaccionan y el Centro de Profesores de Madrid Centro ha puesto en marcha una iniciativa consistente en dar a conocer las diversas experiencias llevadas a cabo en distintos centros de enseñanza para elaborar un plan de trabajo en la materia Cultura Clásica o para, en otros campos, mantener viva la llama de tales tradiciones. Para completar y profundizar en el tema, se ha contado con la colaboración de investigadores en el tema del mito clásico para conjugar el aspecto erudito con las prácticas en el estudio del mito que pueden realizarse en la enseñanza media. Varias son las experiencias, y notables, que se exponen en el libro que se edita como resultado. Todos tienden a mostrar el interés actual del estudio del mito clásico, interés abordado a veces de forma más anecdótica y a veces de forma más profunda. Por otro lado, Ruiz de Elvira, Guzmán, García, Gual, Rodríguez Adrados y García Calvo ofrecen estudios específicos, multiformes, que revelan, en otro plano, la riqueza que siempre lleva consigo, en efecto, la posibilidad de nuevas lecturas del mito griego.

D. PLÁCIDO

JOSÉ MARÍA BLÁZQUEZ, RAQUEL LÓPEZ MELERO Y JUAN JOSÉ SAYAS, *Historia de Grecia Antigua*. Madrid, Cátedra, 1989, 1.131 pp., 18 mapas, 84 figs.

Recoge este libro la historia de Grecia, documentada con rigor, desde sus comienzos hasta el mundo helenístico. La obra se encuentra organizada en cuatro partes, tres apéndices y un apartado de bibliografía. Hubiera sido de desear que se hallara estructurada en dos volúmenes, pues en uno solo resulta de difícil manejo.

Comienza con una muy interesante y documentada introducción general de la doctora López Melero, acerca del soporte geográfico y de la lengua de los griegos. De la doctora López Melero es, asimismo, la parte primera, dedicada a la civilización egea, en todas sus fases y aspectos. Es muy interesante el enfoque del capítulo III, donde se recogen dos modelos alternativos, desarrollados por Renfrew modelo de subsistencia/redistribución, modelo artesanía especializada/riqueza, así como su efecto multiplicador.

La segunda parte, Grecia arcaica, es tratada por el Dr. J. M. Blázquez. El autor se apoya en los datos aportados por los escritores clásicos, los cuales maneja e interpreta, al igual que la Dra. López Melero y el Dr. Sayas, con gran brillantez. Estos datos los alterna con los arqueológicos, como viene siendo usual en él en sus últimas obras. Estos datos arqueológicos, a veces tan despreciados por los historiadores, y que al fin y al cabo son el fundamento de la historia antigua. En el caso de que no hubieran llegado a nosotros fuentes escritas ¿a qué fuentes se acudirían si no a las arqueológicas? ¿como mal menor?, no, sino porque son documentos fidedignos, conservados en el interior de la tierra durante siglos, no sólo para que el arqueólogo los desentierre, sino para que el historiador, conjuntamente con el arqueólogo, los interprete, ¿no es tan válida una buena inscripción, que es una pieza arqueológica, como el fragmento de un texto, que puede ser usual haya sufrido, a lo largo de los siglos alteraciones sustanciosas? Un ejemplo notable de cómo el Prof. Blázquez interpreta los documentos arqueológicos es el del capítulo X, apartado «La colonización griega en la Península Ibérica», subapartado «Influjo griego en el arte ibérico».